

**HEREDEROS DEL ALKAR**

**LIBRO I**

**LA MAZA  
Y  
LA ESPADA**

**FELIPE SOLAR**

**BERGUECIO**



© Herederos del Alkar - La Maza y la Espada.  
Colección: Saga Herederos del Alkar  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Abril 2019

Felipe Solar Berguecio

Edición general: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: Felipe Montecinos  
Mapa: Luis Naranjo  
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-03-2  
Registro de Propiedad Intelectual N°: 283.214

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

Pushhall

XAM

Puerto Vehnem

Koltor

Desierto Araham

Casa de Mor-Kiurimón

Corte de la Esperanza

Mizcon

Neldrost

CRANKOR

SEAFOR

Mizil

Pico de la Luna

Camara Central

Terun

Rubat

Dagra

Ciudad Blanca

HIXMER

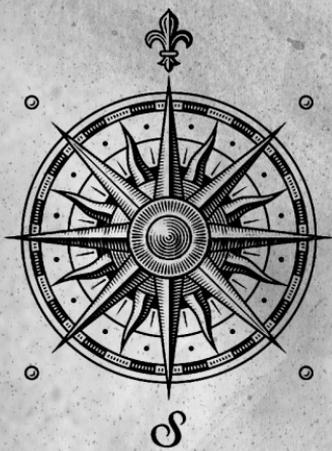
Península Verdeca

Rio Eblamor  
Estuario de la Sombra

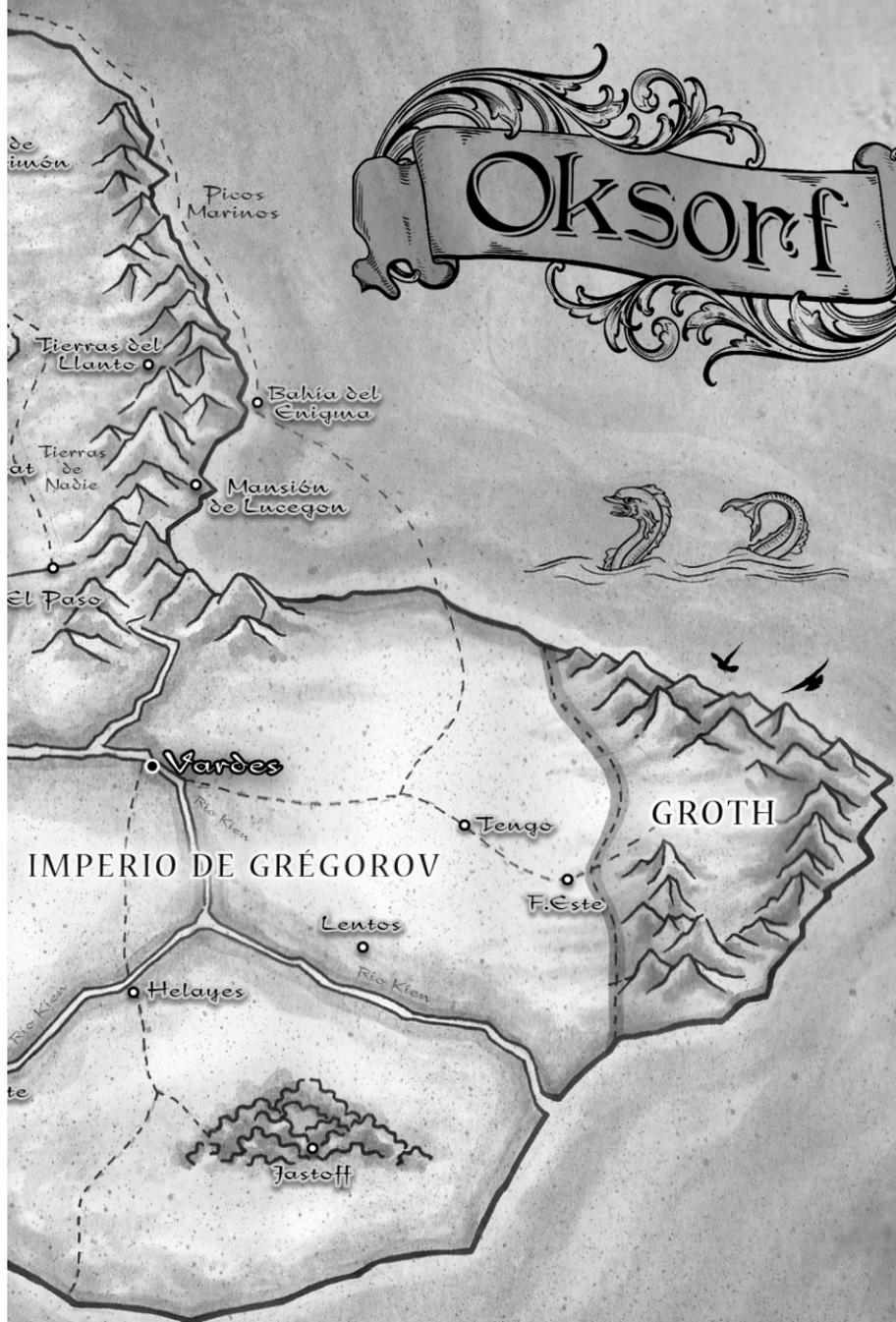
Perseo

HÈMPES

F.Oeste



# Oksoorf



IMPERIO DE GRÉGOROV

GROTH

Vardes

Tengo

Lentos

F. Este

Helayes

Fastoff

Picos Marinos

Bahía del Enigma

Mansión de Lucegon

Tierras del Llanto

Tierras de Nadie

El Paso

de imón

te

# Señales de guerra

## I. Espionaje.

— Si no nos apuramos, vamos a llegar tarde — dijo Forst, corriendo a hacia la clase de Historia a través de los pasillos del colegio Frolles.

El sonido de la campana que llamaba a las rutinarias clases sobresaltó a Beyser, quien se encontraba absorto en el pergamino con los apuntes para la prueba. El joven enrolló el papel y siguió a Forst intentando darle alcance.

Eran las diez de la mañana y los rayos del sol irrumpían horizontales a través de las ventanas del castillo, haciendo resplandecer las viejas armaduras que colgaban de las pétreas paredes. Bruñidas con regularidad, se hacía difícil imaginar la época en que habían sido forjadas, solo algunas abolladuras o partes de metal carcomidas por el óxido, eran el único recordatorio de que alguna vez habían sido utilizadas.

Mientras trotaban por el pasillo, las sombras se endurecían. Un radiante sol se empinaba sobre un cielo sin nubes. En el exterior, aquella fría mañana de septiembre enmarcaba un jardín florido, brillante y verde.

Beyser y Forst apresuraron el paso, subiendo los escalones de dos en dos en dirección al aula en donde los

esperaba el anciano profesor Flint y su emocionante examen de historia, el catedrático era conocido por no tolerar los atrasos.

El sudor caía por las sienas de Forst, cuyo bolso de cuero le rebotaba en la espalda. Subió de tres en tres los peldaños de la segunda escalera, giraba veloz para subir el siguiente tramo cuando tropezó con uno de los gatos que pululaban por el colegio. El gato maulló, el pie de Forst se hundió en la peluda cola del felino y el joven cayó hacia delante.

Beysen llegó un segundo más tarde, estaba a punto de soltar una carcajada cuando vio sangre emanar de la nariz de su amigo.

—¿Estás bien? —Preguntó ayudándolo a levantarse, sentándolo en uno de los peldaños.

—Perfecto —respondió con voz gangosa, levantando el pulgar. Tenía el mentón, los labios y la nariz manchados con sangre, con la otra mano se apretaba las fosas nasales intentando detener la hemorragia. Beysen pasó un brazo bajo la axila de Forst y ambos se levantaron.

—No es necesario que te atrases por mi culpa, Beys.

—Te acompaño porque tengo una cita urgente con el inodoro, además será entretenido verte sufrir el castigo con esa cara de tomate estrellado.

Forst sonrió, levantó los hombros y puso la mano en la manilla de la puerta del baño, pero se detuvo, miró a su amigo y puso el índice sobre los hinchados labios.

—¿Qué sucede? —Susurró Beysen.

Desde el otro lado de la puerta escucharon una airada conversación. Las voces pertenecían a dos adultos. Ambos pegaron las orejas para escuchar mejor. La primera era una voz grave, ronca y las palabras salían pegadas una tras otra; la que replicaba era suave, lenta y agotada.

—El rector.

—Flint.

Ambos se sorprendieron al distinguir, en forma respectiva, a los interlocutores. Beysen sabía que no era de buena educación interrumpir en conversaciones ajenas,

menos sabio aún hubiese sido meterse en una tan agitada como aquella. Era estúpido siquiera pensar en sorprender al rector del Colegio Frolles discutiendo con alguien; sin embargo, Beyser le dio un empujón a la puerta y corrió hacia los urinarios. La conversación se detuvo al instante. Ahí estaba el rector, que lo miró con indiferencia, y el mismo profesor que les iba a tomar la prueba.

Beys se alivió en el inodoro. Llevaba al menos un minuto lanzando un grueso chorro de orina cuando cayó en cuenta de lo extraño que era que Flint aún no hubiera ido a la sala para tomar el examen. La entorpecida conversación debía ser bastante urgente como para hacer que el viejo de historia omitiera sus deberes.

El rector, de nombre Pandor, era bajo y canoso, de rostro gentil pero decidido, con incipientes de arrugas que advertían su arribo a la tercera edad. Su mirada a menudo emitía chispas de ira lo cual solía espantar a los alumnos cuando paseaba por los pasillos del castillo, pero sus actos demostraban lo contrario; siempre estaba preocupado por el bienestar de los estudiantes y los profesores. Vestía un traje azulado cubierto con una capa celeste, el color del imperio.

El profesor Flint, por otra parte, era una persona de más baja estatura, encorvado, de ojos cansados y arrugados por la edad. Las orejas puntiagudas, por el contrario, delataban su pertenencia al pueblo de los elfos, asomaban a través del cabello largo y blanco. Las extremidades, delgadas como las de su raza, quedaban cubiertas por una túnica negra que le hacía parecer envuelto en sábanas. Tras su barba blanca asomaba, por lo general, una cálida sonrisa, aunque en el aula era estricto y exigente.

Forst, visto frustrado su intento de escuchar y pasar desapercibido, también entró; no hizo caso de las miradas de sorpresa que los adultos le propinaron al ver aquel rostro hinchado y ensangrentado. Con una mirada, el rector indicó al anciano profesor que era tiempo de marcharse y ambos se retiraron en silencio del lugar.

Cuando Forst estuvo seguro de que ya no sangraba, aunque todavía sentía el dolor en la barbilla, la boca y la nariz, cruzó una mirada con Beyser, quien se secaba los rubios cabellos frente al espejo.

—Me pregunto de qué hablaban —dijo Forst con agua corriéndole por la cara. Beyser levantó los hombros.

Ya habían asumido que iban a llegar tarde al examen y que deberían soportar el castigo que su anciano profesor de Historia les iba a imponer, así que caminaron con calma; sin embargo, al llegar al salón, sus compañeros jugaban, conversaban o dibujaban en el pizarrón. Era tal el bullicio y el desorden que apenas les prestaron atención.

Buscaron el par de pupitres ubicados al fondo, donde solían sentarse.

—¿Qué nota crees que te sacarás hoy? —Dijo una voz femenina tras ellos.

—¡Hola Lery! —Saludó Forst balbuceando sorprendido.

Lery era una muchacha alta, de tez morena y mirada humilde, pero penetrante, su nariz puntiaguda era lo que más llamaba la atención. El joven se detuvo en aquellos ojos, de un color curioso, entre amarillo y verde, que brillaban en días soleados como aquel.

—¿Qué tal, Beys? —Continuó ella y volvió a mirar a Forst con una sonrisa pícara, deteniéndose en la anchura de los hombros, el alto pecho y los fornidos brazos del joven mago.

—Bien, ¿y tú? —Replicó el espigado muchacho con voz cansina, sabiendo que Lery no le estaba prestando la más mínima atención.

—Aburrida. ¿Alguien sabe qué le pasó al profesor que no llega?

—Apuesto a que Beyser obtiene su tercer diez consecutivo —interrumpió Vasuk, uniéndose a la conversación—. Yo espero al menos llegar al ocho.

—No estudié mucho —apuntó Beys.

—Mentiroso, anoche te quedaste hasta tarde leyendo —acusó Forst—. No me dejaste dormir.

—Ya, ya.

—¿Y tú, Forst? ¿Crees que puedas explicarme de nuevo lo de la Guerra Desesperada? ¡Todavía no entiendo por qué se originó la Revolución de los Reezoks! —Inquirió Vasuk.

—Porque eran esclavos, lo vimos la clase pasada —contestó Forst, uniéndose al cansancio de su amigo—. Y uno de esos reezoks, llamado Baison, se rebeló contra su amo, liberó a sus compañeros de las minas de tepsia y en conjunto atacaron al reino de Hixmer.

—¿Qué te pasó en la cara? —Interrumpió Lery, levantando una ceja.

—Tropecé con un gato —masculló el muchacho, ruborizándose.

—Déjame ver. —Dijo ella, posando ambas manos en las mejillas del chico, orientando el machucado rostro hacia ella. Forst confió en que la hinchazón disimulara su rubor.

—Técnicamente, el gato tropezó contigo. Tú trataste de esquivarlo —rió Beyser—. Y parece que ahora estás a punto de tropezarte con una gata.

—Mentira. El gato se me cruzó y tú te reíste —espetó el fornido chico mirando a su amigo de reojo. Lery dio un respingo y lo soltó.

—¡Oigan! —Se escuchó una voz desde la entrada de la sala. Uno de sus compañeros, el presidente del curso, acababa de llegar corriendo a la sala. —¡El examen se suspende! El profesor Flint está en una reunión ahora y me pidió que les informara.

Un coro de quejidos, lamentaciones y, en otros casos, alegrías, inundó la sala. Uno a uno los estudiantes fueron abandonando el aula, decidiendo si iban a aprovechar el tiempo en avanzar en su trabajo de Hechizos Avanzados o estudiar para la prueba de Matemáticas. Beyser y Forst intercambiaron una mirada de complicidad: “¡Nos salvamos!”.

—Adiós chicos. —Se despidió Lery sonriéndoles y guiñándole un ojo a Forst—. Parece que su tercer 10 consecutivo tendrá que esperar. —Añadió tomando su bolso para luego salir de la sala.

—¿Qué hacemos ahora? —Masculló Beyser en medio de la sala vacía—. Tenía ganas de ver cómo me iba si no estudiaba nada.

—Igual estudiaste algo anoche —comentó su amigo con seriedad—. Yo ya estaba preparado.

—Es que tú eres muy responsable.

—Y tú un patán que le gusta rascarse los...

—Ya, ya —interrumpió Beyser—. Por cierto, esto nunca ha pasado, ¿verdad?

—Nunca. En mis catorce años viviendo en este colegio, nunca en mi vida he visto a Flint dejar de cumplir un compromiso.

—Yo en los nueve que llevo viviendo acá. —Rió Beys, recordando cuando, a los cinco años, su hermano y él habían sido traídos hasta el castillo—. Eso quiere decir que lo que el profesor estaba conversando con el rector era importante.

—Yo también lo pienso. La otra vez oí a la profesora Clar hablar de una invasión de reezoks. Parece que algo está sucediendo en el imperio.

—Tonk me comentó una cosa el otro día —murmuró Beyser— Piensa que vendrán por nosotros. Pero no me dijo quién.

—¿No preguntaste? —Inquirió Forst inquieto. Imaginar que se llevarían a su amigo era...

—Obvio que sí, pero ni él sabe. Suponemos que se trataría de la misma persona que nos trajo aquí, hace nueve años.

—Yo creo que sí sabe, pero no te lo quiso decir —apuntó Forst—. A fin de cuentas, tu hermano nunca ha dicho nada.

Beys dijo algo ininteligible y se puso de pie.

—En cualquier caso, tengo curiosidad. Si queremos averiguar algo, como siempre lo hemos hecho, debemos ir al punto P.

—Sí —confirmó Forst.

—Aunque tal vez ya ni quepamos en el punto P —murmuró Beyser.

El punto P era aquel lugar que habían descubierto cuando niños, jugando a las escondidas. Era perfecto para esconderse de alguien grande, pues estaba lleno de matorrales, zarzamoras y espinas de tal forma que solo los niños podían acceder a él. Lo que no supieron, hasta años después cuando iniciaron de forma oficial sus estudios en el colegio Frolles, era que dicho punto estaba situado al lado de un lugar muy importante para la institución; la oficina del rector Pandor. De ahí el nombre de “punto P”.

Salieron de la sala, bajaron las escaleras hasta llegar al primer nivel. Al final del pasillo que tenían a la derecha estaba la puerta cerrada donde se encontraba su objetivo, a la izquierda estaban los jardines del castillo y su camino al punto P. Salieron al aire libre sintiendo el aroma de las flores y sol resplandeciente los cegó por un momento. La temperatura presagiaba una primavera prometedorra. Dieron la vuelta procurando no ser vistos por algún guardia, se introdujeron en los arbustos y, por último, se deslizaron hasta quedar bajo la ventana. Tal como Beyser había anunciado, el punto P ya no era tan amplio como para que dos muchachos de catorce años se introdujeran en él. Más de una prenda que quedó atrapada en las espinas y alguno que otro pinchazo en rodillas o manos constituyeron el precio por la información.

Por suerte para ambos, fue un precio bien pagado. La ventana del despacho del rector estaba abierta y las voces llegaban con claridad a sus oídos.

— ... me pidieron que cerrara el colegio hasta que esta contienda acabe —decía el rector.

— ¿Quién? —Preguntó el profesor Flint, preocupado—. ¿Y cómo pueden sugerir semejante tontería?

Los muchachos intercambiaron una mirada. El colegio había sido un hogar tanto para ellos como para su profesor; cerrarlo significaba dejarlos desamparados.

— El emperador Asrond.

— ¿Está loco? ¿Quiere mandar a todos los jóvenes a sus hogares? ¡Este castillo es mucho más seguro que cualquier casa!

—Sé que es una decisión cuestionable —respondió Pandor—, pero estoy obligado a obedecer a las autoridades, sobre todo al mismísimo emperador de Grégorov...

—Debes convocar a todos los profesores, Pandor —sugirió Flint—. Llamar a consejo y que, entre todos, decidamos el futuro de este colegio y, por consiguiente, de todos los jóvenes que en él residen. Recuerda que algunos muchachos no tienen otro hogar, cerrarlo sería...

—Ya sé a dónde va, profesor Flint —interrumpió el rector—. Es por eso que quería hablar con usted en privado, necesito discutir algo antes de tomar una decisión.

Flint carraspeó, bufó, se dio una vuelta y se sentó.

—¿Qué cosa? ¿Qué decisión, señor Pandor? —Dijo—  
¿Y por qué tiene que hablarlo conmigo?

—Porque tú eres el único profesor que tiene talento para hablar con los jóvenes y me siento orgulloso de tenerte en esta institución.

—Le agradezco el cumplido —replicó Flint, con una media sonrisa—. Pero, todavía no entiendo qué necesita discutir usted conmigo.

—El emperador teme lo peor para este colegio.

—¿Qué es lo que teme Asrond que ocurra aquí?

—Eso es algo que solo los políticos y el Consejo saben, pero intuyo que algo tiene que ver con Colb.

—¿Colb? —Murmuró Flint con el ceño fruncido, cruzando los brazos— ¿El rey de los reezoks? ¿El rey de Groth?

—El mismo.

—¿Eso significa que son ciertos los rumores? ¿Los reezoks están atacando?

—No hay información concreta —explicó el rector—. Solo se sabe que Colb, su rey, logró construir un ejército. Al menos es lo que indican los espías, además se ha reportado la aparición de bandidos, han asaltado comerciantes y mercaderes en los caminos, han logrado evadir las patrullas del Ejército Imperial y colarse en ciudades y pueblos del imperio. No muy lejos de acá, vieron a uno robando comida, sospechan que fue un reezok.

—¿Cómo puede un ejército de reezoks amenazar al imperio de Grégorov? —Inquirió el anciano—. El ejército imperial es la fuerza bélica más poderosa de Oksorf. Los reezoks necesitarían decenas, no, cientos de legiones para poder derrotar al imperio.

—El emperador Asrond prefiere no subestimar al enemigo. Debes recordar que Colb fue estudiante de este colegio.

—No lo sabía.

—Se hizo pasar por mago, cuando fue descubierto, huyó. —Explicó el rector abrumado, destapó una botella de cristal biselada y se sirvió—. Aun así, alcanzó a aprender suficiente magia como para volver a su reino y convertirse en rey de los reezoks.

—Entiendo que el emperador esté preocupado. Sin embargo, el Ejército Imperial al mando del Capitán General Cindro es aún más temible. Y el reino de los reezoks está muy lejos de aquí, así que no veo por qué cerrar el colegio.

—Tiene razón, profesor Flint. Sus deducciones son las mismas que las mías. Sin embargo, cuando le hice ese comentario al emperador, él me reveló la verdad. —Dijo el rector, echó un trago y se inclinó sobre el escritorio.

—¿La verdad?

—O parte de la verdad —enfaticó el rector susurrando—. Tengo la sensación de que ni el emperador sabe qué está sucediendo, todo parece indicar que el ejército de Colb es solo un síntoma de algo mucho más grande.

—No será que...

—Correcto. Todo parece indicar que los reezoks están recibiendo ayuda externa. En otras palabras, el reino de Groth no es el único enemigo que tiene el imperio.

—¿Quiénes osarían aliarse con Colb?

—¿No es obvio? —Pandor vació la copa y en su rostro se dibujó una media sonrisa—. Los Exiliados.

—Eso es imposible, inconcebible.

—Pero es lo más probable.

—El líder de los Exiliados detesta a los reezoks.

—Pero sus ideales los unen. Todo parece indicar que están preparando una estrategia conjunta para atacar al imperio —dijo el rector llenando la copa, reclinándose en la poltrona.

—Verdad o mentira, tu teoría tiene repercusiones en nuestra política. De seguro Asrond teme que haya algo parecido a una Segunda Guerra Desesperada —el rector asintió dando otro trago—. De todas formas, es ridículo querer cerrar este colegio. Los jóvenes están mejor protegidos aquí que en sus casas.

—No es lo que cree el emperador.

—Este colegio fue una fortaleza durante muchos años, ha aguantado incontables asedios.

—¿Una fortaleza sin soldados?

—Pero una fortaleza al fin.

—El emperador también insinuó algo sobre los Proses —replicó el rector, bajando la voz otra vez—. Cree que podrían provenir de Groth.

Se escuchó cómo el profesor Flint se ponía de pie y respiraba agitado.

—Si eso es verdad estamos todos muertos, no habrá salvación para nadie, Pandor.

Los amigos se miraron. Hasta el momento habían entendido la mayoría de las cosas que se habían dicho en la conversación, salvo la mención de los Exiliados, de quienes solo habían escuchado rumores, pero ¿qué eran los Proses?

—Sé que es difícil de asumir, Flint, pero tenemos un problema, uno grande. El emperador y tú tienen razón: mientras haya Proses ningún lugar es seguro.

—No entiendo quién pudo haber creado esas criaturas —se lamentó Flint—. Por mucha magia que sepan los reezoks ahora, nunca han tenido poder ni conocimientos suficientes como para hacer algo así y los yágares carecen de magia.

—Los Exiliados sí cuentan con ese poder y también los Devas.

—Había olvidado a esos terroristas.

Beyser y Forst se volvieron a mirar. Los Devas eran un conocido grupo de extremistas que atacaban pueblos y personas para... ¿para qué? Nunca lo tuvieron claro, así como tampoco podían deducir qué tenían que ver los Devas con los reezoks. Era frustrante no entender las conversaciones de los adultos.

—No es bueno olvidar —advirtió el rector ya con las mejillas coloradas—. Hace poco, el sobrino del rey de Hixmer fue raptado en la ciudad de Term. Nunca más se lo volvió a ver.

—¿Y se cree que fueron los Devas?

—Se sabe que fueron los Devas ¿Quiénes más serían capaces de cometer semejante fechoría?

—En eso tienes razón —dijo el profesor—. ¿Y se dice que raptaron al sobrino del rey? —Pandor asintió— Pobre chico —continuó Flint—, era muy joven, hace tan solo un año egresó de esta escuela. Se llamaba Cenil, si la memoria no me falla.

—Una pérdida —confirmó el rector con un suspiro—. Si ponemos todas estas cosas sobre la mesa...

—¿Tu conclusión es?

—Tal vez, y solo tal vez, estos sucesos; la conspiración organizada por los reezoks y los Exiliados, y el asalto de los Devas al sobrino del rey están relacionados. Pero tenga en cuenta lo siguiente: Van cuatro ataques Devas en un mes, todos ejecutados en el reino de Hixmer. Eso significa que poco a poco se van acercando al imperio de Grégorov y ocurre justo cuando el imperio es amenazado por reezoks en diferentes partes ¿Coincidencia? No lo creo profesor, ni mucho menos el emperador.

—Falta poco para que estos terroristas ataquen el imperio —conjeturó Flint.

—Y si eso llegara a suceder, Asrond no tendrá más opción que declarar la guerra.

—Parece ser la única opción. Sin embargo, para declararla necesitaría reunir todos los Sellos Imperiales, sin ellos, el Consejo de Grégorov no acatará su decisión —

puntualizó el profesor, suspirando agotado—. En resumidas cuentas, si los Devas atacan a los magos, y Colb a los yágares, nos tendrían rodeados.

—Estamos en serios problemas —concluyó el rector.

A estas alturas, solo Forst estaba atento a la conversación. No entendía nada de lo que decían: Proses, Devas, Sellos Imperiales, Exiliados... lo importante era retener nombres en alguna parte de su memoria para luego ir relacionándolos poco a poco. Beyser, por su parte, se había distraído jugando con una ramita y moviendo una piedra en el suelo. Lo que de verdad le preocupaba era lo que pasaría si debía irse del colegio, el que había sido su hogar por nueve años.

—Entonces, no quedará otra opción más que hacer lo que el emperador ordena. Debemos cerrar Frolles y enviar a los muchachos con sus familias. —Se rindió por fin Flint.

—No todavía —replicó Pandor—. El emperador sugirió estar preparados. Todavía no da la orden definitiva de cerrar la escuela. Yo soy partidario de no cerrar y reforzar las defensas. Tal vez solicitar tropas al Ejército Imperial, pero no estoy seguro si el Consejo estará de acuerdo.

—¿Por qué lo dice?

—Cuando me despedí del emperador en Vardes y emprendía el viaje de vuelta, se me acercó la consejera Anvel Tédium Bel. Ella es una mujer especial.

—Tiene fama de ser intimidante.

—Me dijo que es tía de dos de nuestros estudiantes, Tonk y Beyser. —Beys abrió los ojos de par en par, su rostro palideció y soltó la ramita con la que jugaba.

—Así que es ella quien paga la matrícula de los muchachos, vaya noticia ¿Y qué quería la consejera Bel?

—Desea derrotar al reino de Groth, eliminar a los reezoks para siempre, antes que Mor-Kiurimón se atreva a poner un pie en Grégorov si es que la alianza entre reezoks y Exiliados llega a realizarse. Ella... me sugirió imperativa, que cerrase esta escuela. También me exigió enviar a su sobrino Beyser a la ciudad de Vardes. El hermano puede quedarse aquí ¿Conoce a alguno de ellos?

—Beyser es el chico alto y rubio que nos interrumpió en el baño hace un momento— indicó el elfo.

—Hemos llegado al meollo del asunto —dijo el rector, terminado de un trago la segunda copa de licor. Flint se acomodó en su asiento para escuchar con atención—. Entiendo que eres cercano al joven Beyser. Necesito que te lleves al muchacho, pero no vayas a Vardes como ella pretende, más bien piérdete y llévalo a la Fortaleza Oeste. De esta forma renacerá la idea de que Frolles es más seguro que cualquier otra parte del imperio. Por supuesto, yo alentaré ese presentimiento ¿Está claro?

Silencio. Flint meditaba, Forst aprovechó de mirar a su amigo. Una pequeña lágrima salía de uno de los ojos de Beyser, era más que tristeza, era preocupación lo que su mirada reflejaba. No sabía que tenía una tía, seguro por el lado de su madre, y menos que fuese una de los diez integrantes del Consejo de Grégorov. En todo este tiempo, ella nunca se había mostrado, ni siquiera había mandado una carta ¿Qué clase de mujer era?

—Está bien —replicó el elfo—. Pero temo por la estabilidad emocional de mi alumno. Tiene solo catorce años y su único y mejor amigo, el muchacho Forst, también sufrirá; el pobre no tiene dónde vivir, si decides cerrar la escuela no tendrá dónde ir.

—¿El que entró con la cara manchada de sangre? Yo me ocuparé de su cuidado.

—Además, ¿por qué el hermano puede quedarse?

—La consejera Bel opina que estando pronto a alcanzar la mayoría de edad, deberá ser capaz de cuidar de sí mismo —explicó el rector.

En ese momento, la campana que anunciaba el recreo de medio día sonó. Beyser y Forst dieron un pequeño salto, pero guardaron silencio. Los amigos decidieron permanecer ahí. La sorpresa de que sus nombres estuviesen involucrados en temas de importancia imperial los dejó petrificados.

La conversación de los adultos continuó como si ninguna campana hubiera tañido.

—¿Cómo lo hará para convencer al emperador Asrond de no cerrar la escuela?

—Esa es tu segunda tarea. El Consejo de Grégorov vendrá a Frolles en unos días y conversaremos el tema. Para entonces, tú y el muchacho deben estar lejos del castillo.

—Tendré que prepararme. Hace tiempo que tengo ganas de salir de aquí y visitar la Fortaleza Oeste. Entiendo que hay documentos antiguos que me pueden ayudar en mi investigación.

—¿Se refiere a la búsqueda de la espada legendaria?

—Correcto.

—Admiro su fe en los viejos mitos, profesor Flint. — Soltó con ironía el rector.

—Muchas gracias rector. Su confianza en mí me honra. —El elfo se levantó de su asiento y caminó hacia la puerta. Silencio. Los pasos del encorvado catedrático volvieron atrás. —Rector Pandor, me parece que el emperador necesita ayuda. En este momento cualquiera de sus enemigos podría atacarlo, ¿correcto?

—Asrond sabe que no tiene salida —dijo Pandor susurrando—, que tarde o temprano van a atacar contra su vida y eso es malo para el imperio y para nuestro colegio.

—Si me autoriza, me gustaría poner mi investigación en acción.

—¿A qué se refiere, profesor Flint?

—Creo que al emperador Asrond le vendría bien una espada que le permita cortar todas las cuerdas al mismo tiempo. Con la espada legendaria podría repeler a todas las fuerzas que lo amenazan, a él, al imperio y a este colegio.

—¿A cuál de todas las espadas legendarias te refieres, Flint?

—Arcosol —replicó Flint levantando la barbilla, en ese preciso momento una brisa irrumpió por la ventana y heló la conversación.

—Ahora entiendo por qué te referías a ella como la “espada legendaria”. No te tenía por crédulo.

—Creo en hechos objetivos y comprobables —espetó el catedrático ofendido— En la Ciudad Blanca hay una estatua en la plaza oriental. Es evidencia clara de que aquella arma existió en Oksorf.

—Han pasado más de trescientos o cuatrocientos años desde que se contaron esas historias —replicó el rector con un bufido—. Tienes mi autorización, ahora lo que me preocupa es que salgas de aquí cuanto antes con el muchacho. —Agregó, poniendo la palma derecha sobre la mesa, dando la conversación por terminada.

La campana volvió a sonar, el recreo había acabado y comenzaba otra hora de clases. Beyser y Forst salieron con sigilo de su escondite y caminaron sin ganas hacia su sala. Estaban confundidos y expectantes. Beyser iba a abandonar Frolles junto al profesor Flint. No entendían la relación entre Exiliados, Devas, Proses y Arcosol. Los muchachos intuían que la espada era importante... muy importante.